
UN THRILLER POLICÍACO DEL
INSPECTOR ÁLEX CORTÉS
LA MUERTE
DEL
PERIODISTA
RICCARDO
BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

La Muerte del Periodista

Un thriller del inspector Álex Cortés

First published by BRALTON BOOKS 2026

Copyright © 2026 by Riccardo Braccaioli

© Riccardo Braccaioli 2026

Este libro es una publicación independiente y está prohibido copiarlo, reproducirlo, transmitirlo o adaptarlo por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia.

Depósito legal: 2602154570170

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



A la libertad de expresión y a todos los periodistas...

“Una prensa libre puede ser buena o mala, pero sin libertad será siempre mala.”

Albert Camus

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.
He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad y con nombres de personas es una pura coincidencia.

CAPÍTULO 1

Nunca había paz en la comisaría de Travessera de les Corts.

Barcelona acababa de recibir al que se pronosticaba el verano más caluroso. Los turistas y los vendedores de helados se sentían felices; los trabajadores y repartidores, menos.

Álex llegaba de cogerse un café en la cafetería Sirena. Iba sorbiéndolo cuando el comisario de los Mossos d'Esquadra lo escuchó pasar y lo invitó a entrar.

Cruzó la puerta y olió un perfume nuevo: el jefe no estaba solo.

Un forastero estaba sentado en una silla delante de su escritorio. Lo miró con recelo, sin saber exactamente por qué. Su intuición le decía que ese hombre traería problemas.

—Siéntate, Álex, quiero presentarte a alguien —dijo el comisario señalando al hombre.

Se acercó y cambió de mano el vaso para estrechársela. Este no se levantó, como si fuera el más importante de la situación. Eso no le gustó a Álex.

—Te presento a Leandro Cifuentes —dijo el jefe—. Es un detective privado de Madrid.

Álex arrugó el ceño.

«¿Qué narices hacía ese hombre en la Ciudad Condal?», pensó.

—Muy bien, ¿puedo marcharme? Tengo mucho trabajo —dijo dando un paso hacia la puerta.

—Espera, tienes que ayudar a Leandro con algo —respondió el comisario.

Se giró; esas palabras le sentaron como una resaca de domingo.

—Tengo mucho trabajo, jefe, ¿en serio tengo que ayudar a este señor? —le espetó.

—¡Siéntate! —ladró el jefe sin dejar vía de escape al subordinado.

Álex bufó y se sentó de mala gana.

—Leandro viene de parte del inspector Montoro, de la Policía Nacional de Madrid. Hace unos días hubo un suceso que… —dijo el comisario e indicó al detective—. En fin, mejor sigue tú, Leandro.

El detective carraspeó.

—Gracias, comisario —dijo y miró al inspector—. Hace unos días encontraron el cuerpo sin vida de Samuel Rivas en su domicilio de la capital. Era uno de los periodistas de investigación más importantes del panorama actual. Lo han matado con una bala en la nuca, parece una ejecución —dijo sin inmutarse.

Álex se quedó estudiándolo. No le interesaba tanto por la información que decía, sino por la que no decía. Tenía los ojos marrones, afilados y profundos. El pelo liso salpicado por canas. Pero de su rostro le llamó sobre todo la atención su mandíbula pronunciada, de hombre rudo. La barba corta y descuidada no ayudaba a mejorar ese aspecto de cavernícola que tanto gustaba a las mujeres. Seguramente acababa de llegar en tren; detrás de él había una maleta y, encima de la misma, un abrigo verde aceituna de cuello y textura impermeable, de estilo Barbour.

—¿Y qué tiene que ver un periodista madrileño con Barcelona? —preguntó Álex.

Leandro y el comisario se miraron.

—Estaba en medio de una investigación. Acababa de volver de Barcelona y creemos que había descubierto algo que no tenía que publicar —confirmó Leandro.

—¿Y por qué lo investiga un detective y no la policía?

—La viuda me ha encargado que lo resuelva y que me asegure de que no se quede en el escritorio de algún inspector cargado de trabajo.

—¿No lo puedes investigar en el ordenador del periodista?

Leandro miró al suelo, casi molesto por la pregunta tan obvia.

—El asesino lo ha hecho desaparecer —respondió el comisario—. Necesito que ayudes a Leandro a averiguar quién ha matado al periodista. Me lo ha pedido como favor personal el inspector Montoro porque ellos están hasta arriba de trabajo.

—Nosotros también —replicó Álex y se levantó—. Estamos hasta arriba y yo estoy perdiendo tiempo.

—Cortés, quieto. Que se encargue la cabo Ramírez de tus asuntos. Esto tiene prioridad.

Leandro se levantó y se lo quedó mirando fijamente.

—Esa pobre viuda necesita una respuesta.

—¿No puedes tú solito?

Leandro tragó saliva y Álex notó que no le estaba contando lo que pensaba.

—Si pudiera lo haría, pero esta no es mi ciudad —le espetó molesto el detective—. La esposa está embarazada. Necesita respuestas, saber quién fue y meterlo entre rejas. Nada más.

Álex se quedó pensando un rato, mirando fijamente los ojos del detective, que parecían sinceros. Luego bufó. No sabía si ese hombre lo conocía, pero le había tocado la fibra con esa última frase.

«Maldita sea, solo me faltaba este caso», se dijo.

Se giró hacia el comisario y este le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Tienes algún plan? ¿Ya sabes por dónde quieres empezar?

Leandro sonrió con los ojos y luego cogió una foto de la mesa.

—Se sabe que pasó por este club nocturno. No sabemos nada más —respondió indicando la marca de agua que aparecía en un lado—. Esta es nuestra primera pista.

Álex asintió y justo cuando iba a hablar, le sonó el móvil.

En la pantalla apareció el número de un informador.

—Perdonadme un minuto, tengo que contestar —se excusó Álex y salió al pasillo—. Dime, Carlos.

—Hola, jefe.

—¿Qué pasa, Carlos? No tengo tiempo.

—Solo decirte que ojo con el tío ese que viene de Madrid. Tiene a gente chunga siguiéndole.

CAPÍTULO 2

Álex dio un sorbo al café mientras Leandro recogía su maleta.

Pasaron por el escritorio de Cortés para dejar organizado el trabajo de investigación que tenía en el orden del día. Un hombre acababa de cambiar sus planes: se llamaba Leandro Cifuentes.

Karla Ramírez escuchaba atentamente al inspector, y mientras miraba de reojo al atractivo recién llegado.

Álex se dio cuenta.

—Te espero fuera mientras acabas con el papeleo —dijo Leandro con voz grave.

—Voy enseguida.

El detective salió y la mujer lo siguió con la vista, sin alterar su expresión.

Pocos minutos después, Álex también abandonó la comisaría. El detective Cifuentes se encontraba apoyado en el capó de un coche patrulla, fumando, y le ofreció su caja de cigarrillos *light*.

—No fumo, gracias —respondió Álex—. Y no hace falta que seas amable conmigo.

El detective levantó una ceja y guardó la cajetilla en el abrigo.

—Me da igual lo que pienses, no estoy aquí por gusto. No he venido a visitar la Sagrada Familia, solo vengo a cumplir con mi deber.

—¿Deber? Habrás cobrado un pastón por este caso.

El detective dio una calada honda.

—¿Pastón? ¿Te crees que nosotros ganamos mucho con esto? Preferiría seguir en la policía.

—¿Eras policía?

El detective dio otra calada mirando hacia otro lado.

—Es una larga historia y no viene a cuento.

Álex sintió un cierto hermetismo en el hombre. Parecía tener una coraza y esconder algo en su interior, mucho más de lo que demostraba su fachada de duro y distante.

—No era mi intención ofenderte con lo de "pastón".

—Me da igual, porque no es así. Esa mujer solo quiere justicia y la policía está más ocupada con otros casos que con este.

Álex asintió.

—¿Te apetece un café? —preguntó Álex—. Nos viene de paso.

Leandro se levantó y tiró al suelo el cigarrillo; luego lo pisó.

—De acuerdo, pero que sea para llevar, que tenemos mucho trabajo.

Al cabo de una hora, el Mini descapotable de Álex aparcaba delante de un club nocturno.

El edificio, de una planta, estaba en medio de un aparcamiento sin asfaltar.

Delante se encontraba la carretera nacional que conectaba Barcelona con Tarragona, con un carril por dirección y un tráfico de mil demonios. Detrás, campo y muchos camiones aparcados en batería, realizando el descanso legal marcado por la ley.

Al acercarse vieron un cartel de neón apagado en la parte superior, que indicaba el nombre del lugar: *Oasis de Pasión.*

La puerta estaba cerrada.

Álex dio un par de golpes en la puerta. Mientras esperaba respuesta, iba mirando a su alrededor. Leandro estaba impasible, apretando la mandíbula.

Nadie contestó.

Pasados unos minutos, apretaron el timbre. Este se escuchó hasta el fondo del edificio.

—Quizá no haya nadie —dijo Álex.

—O quizá, simplemente no nos quieren abrir —respondió Leandro señalando una cámara diminuta en el techo.

Desde la lejanía se escuchó una puerta y unos pasos que se iban acercando.

La puerta se abrió.

—¡Está cerrado! —ladró una chica masticando chicle—. Abrimos más tarde.

Luego repasó con aprecio a los dos hombres, ambos atractivos.

La mujer llevaba una camiseta con un escote generoso, falda y unos tacones altos que seguían a unas estilizadas piernas.

—Somos de la policía —dijo Álex enseñando la placa—. Necesitamos hablar con el dueño de esto.

Ella dejó de masticar y lo miró con cara de asco.

—Seguidme.

Los dos hombres pasaron y la siguieron hasta el otro lado de una pista de baile, y después por un pasillo. A cada puerta entornada, lanzaban una mirada por las fisuras, hasta llegar a un despacho.

—¿Quién coño era? —dijo un tipo que estaba sentado al otro lado de un escritorio.

La mujer, al apartarse del umbral de la puerta, dejó a la vista a los dos hombres.

—¿Quién…? —le espetó el hombre.

Dicho eso lanzó una mirada fulminante a la mujer por haberlos dejado pasar.

—Son de la pasma, Manolo.

El hombre se incorporó en la silla. Llevaba una camisa abierta más botones de lo normal, enseñando cadenas y un crucifijo de oro.

—¿Qué queréis? —dijo mientras guardaba un fajo de billetes que estaba contando.

—Tranquilo, no venimos por tus negocios. Solo queremos información —dijo Álex entrando, mientras Leandro se quedaba en el umbral de la puerta.

—No soy ningún soplón —contestó levantando la barbilla.

Álex lo miró con recelo y algo de misericordia. Dio un paso adelante y le colocó la foto del periodista en la mesa.

—Manolo, ¿lo conoces?

—No lo he visto nunca —espetó casi sin mirarla.

—Manolo, o como demonios te llames, ¿sabes cuántos años son por interferir con la justicia u ocultar información a la policía en un caso de asesinato?

—¿Asesinato? —gritó Manolo—. ¿Quién demonios ha muerto?

—Él —dijo Álex apuntándole en la foto.

El dueño del club nocturno lo miró con seguridad.

—No tengo ni idea de quién es —dijo el hombre.

—¿Estás seguro?

—Lo juro por mi madre —respondió.

Álex bufó.

—No te creo, a juzgar por vuestra ubicación y el tipo de negocio, seguro que a tu madre la has vendido por cuatro duros —respondió Álex.

—Esa foto está hecha aquí, en tu local, es imposible que no lo hayas visto —dijo Leandro.

—¿Te crees que veo a todo el mundo? ¿Crees que hago yo esas fotos? Yo tengo cosas más importantes que hacer —insistió e inspiró con la nariz después de rascársela.

—Ya… —dijo Leandro.

—Yo lo he visto —dijo la mujer y Manolo se pasó una mano por el rostro.

Los dos hombres se giraron hacia ella.

—¿Dónde, cuándo? —preguntó Leandro sin moverse del umbral de la puerta.

—La semana pasada se tomó unas copas, invitó a unas chicas, pero no se folló a nadie. Lástima, era guapote, tenía aire de intelectual…

—¿Y entonces qué hizo? —preguntó Álex.

—Habló con gente, nada más. Le gustaba mirar, creo. Se ponía en la barra y luego supongo que acabaría él solito. A lo mejor no tenía pasta para un servicio, ¡yo qué sé! —concluyó ella.

—Ya está bien. No tenemos nada más que deciros. Idos. Si no tenéis una orden judicial, no podéis estar aquí.

—Nos volveremos a ver, Manolo —le espetó Álex.

—Acompáñalos fuera —ordenó este a la mujer.

Ella los acompañó de nuevo a la puerta, por el mismo camino.

—He visto a alguien. No hagas preguntas, solo entretenla —susurró Leandro al oído de Álex.

—¿Puedo ir un momento al lavabo? —dijo Leandro a la mujer—. Me estoy meando.

A ella no le gustó, pero le indicó los lavabos.

Leandro había visto una sombra, una persona que los estaba siguiendo y que le había llamado la atención.

Se desvió de los lavabos y volvió hacia el pasillo que llevaba al despacho de Manolo. Cruzó unas puertas hasta el final del corredor. Dio la vuelta a la esquina y vio una sombra desaparecer por el pasillo oscuro y entrar en una habitación.

Leandro la siguió, hasta entrar en la estancia.

Encendió la luz.

Era el cuarto de la limpieza, o eso pretendía ser.

La sombra era en realidad una mujer con un delantal a cuadros blancos y azules. Se quedó quieta y callada, mirando al detective de soslayo.

—¿Cómo te llamas?

—Filomena.

Leandro sacó la foto.

—Lo conoces, ¿verdad?

Ella asintió.

—Estoy buscando a su asesino. ¿Sabes con quién estuvo?

Ella asintió.

Leandro le sacó un billete de cincuenta euros.

Ella lo guardó como si fuera una medicina para su hijo enfermo.

—"El Ciego".

—¿Cómo?

—La persona que buscas se llama "El Ciego".

CAPÍTULO 3

Leandro arrugó el ceño, sorprendido.

—¿Quién es "El Ciego"?

Filomena encogió los hombros.

—Una mala persona. Siempre pega a las chicas.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—A mí también me ha pegado.

—¿Te ha pegado ese tío? ¿Por qué?

Ella encogió de nuevo los hombros.

—¿Cuándo…?

Ella asintió.

—Lo siento.

—En mi país, mis hijos tienen hambre. Aquí solo puedo vender mi tiempo y, de vez en cuando, mi cuerpo.

Él no contestó, no era momento de moralismos.

—Lo siento, Filomena —dijo a la mujer de pelo largo y moreno, delgada como un fideo y de pechos respingones.

Ella sonrió.

—¿"El Ciego" habló con este hombre?

—Muchas noches, hace días. Luego este ya no vino —dijo indicando a Samuel Blanco, el periodista.

—¿Dónde puedo encontrar a ese tío?

—Viene todas las noches.

—¿Aquí, al club?

Ella asintió.

—No, no tengo tiempo de esperar a esta noche. Quiero saber dónde vive.

Ella encogió los hombros.

—Vete: si nos encuentran, Manolo no me pagará.

Leandro asintió, le dio las gracias y otro billete y luego se fue.

Regresó a la pista de baile, donde la mujer y Álex Cortés lo estaban esperando.

—Lo siento, estos cafés de franquicias son lo peor —dijo para justificarse.

La chica los acompañó y cerró la puerta del club.

A los pocos pasos, Leandro se encendió un light.

—Fumas mucho, ¿sabes? —dijo Álex después de desbloquear el coche.

Leandro, a las pocas caladas seguidas y compulsivas, lo miró.

—¿Conoces a un tal "El Ciego"?

Álex arrugó el ceño.

—Ni idea, ¿por qué?

Leandro dio otra calada, dando la impresión de haber bajado de un avión y haber estado horas sin fumar.

—La mujer de la limpieza lo ha visto varias noches hablando con él. Tenemos que encontrarlo.

—Vaya, te dejo solo cinco minutos y casi resuelves el caso.

Leandro dio otra calada larga y tiró el *light*.

—Vamos, tenemos que encontrarlo.

Subieron al coche y Álex arrancó el Mini.

En cuanto salió del aparcamiento llamó a Carlos, su informador.

—Oye, ¿conoces a un tal "El Ciego"?

—Hombre, aquí todos lo conocemos —respondió el otro—. Lo que me sorprende es que tú no lo conozcas, poli.

—Déjate de rollos, ¿quién es?

—Trapicheos, vende información, a veces armas de contrabando… es conocido en el mundillo.

—¿Dónde vive?

El otro se rio.

—Pero qué dices, ¿quieres ir a la boca del lobo?

Leandro y Álex se miraron.

—Sí, claro, ¿crees que tengo miedo?

El informador se puso a reír.

—Vale, vale, tú mismo. Te paso por mensaje la última dirección que tengo. Buena suerte, poli —dijo—. Por cierto, ¿sabes por qué lo llaman "El Ciego"? No es por la vista, porque ve perfectamente, el hijo de perra.

—A ver, dime —contestó Álex, sabiendo que a Carlos le gustaban los chismorreos.

—Lo llaman "El Ciego" porque cuando salía de las fiestas de los demás, en las que había nieve a tutiplén y no pagaba él, salía "ciego". Por eso —respondió y se puso a reír.

—Gracias, Carlos —respondió Álex y colgó.

A la media hora, el Mini aparcaba frente a un edificio popular de Cornellà, en la dirección que les había indicado Carlos.

Se acercaron a la consola de timbres. En el 9C no había ningún nombre. Leandro apretó el primer timbre de abajo.

—¿Sí? —respondió una voz masculina.

—Soy el cartero. ¿Puede abrirme? —dijo Álex.

—¿No ves que tenemos un cartel que dice que tienes que apretar el botón del conserje? ¡Joder! —le espetó el hombre y colgó.

Abrió la puerta y los dos hombres entraron.

—¿Escaleras o ascensor? —preguntó Leandro.

—Ascensor —respondió Álex, pulsando el botón.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta nueve, los dos hombres tardaron muy poco en darse cuenta de que la puerta del apartamento C estaba entreabierta.

Álex desenfundó su arma y le indicó a Leandro que entraría primero él.

Empujó la puerta lentamente, hasta que estuvo completamente abierta.

Apuntó al ambiente; en una vista rápida no le pareció ver a nadie.

—¿Hay alguien?

Del apartamento, sencillo y sucio, se desprendía un olor a cerrado y a pólvora.

—Esto huele mal —dijo el detective que iba detrás.

—Sí, nunca mejor dicho.

Tras dar dos pasos dentro del apartamento, Álex vio unas piernas en el suelo que sobresalían por detrás de un sofá.

—Mierda —gritó mientras corría hacia allí.

Vio a un hombre tendido en el suelo. De su garganta brotaba sangre, y su boca no paraba de abrirse y cerrarse. Con los ojos abiertos de par en par, trataba de pedir auxilio.

—"El Ciego", ¡llegamos demasiado tarde!

CAPÍTULO 4

El hombre solo pudo señalar el escritorio y a los pocos segundos dejó de moverse.

—¡Llama a una ambulancia! —gritó Leandro.

—Ya no hay nada que hacer —contestó Álex mientras daba un puñetazo al suelo—. Hemos llegado demasiado tarde.

—¿Y si el asesino estaba bajando por las escaleras cuando nosotros subíamos por el ascensor? —preguntó el detective y se asomó a la ventana.

En ese momento, una berlina negra salía del aparcamiento a toda velocidad.

—Mira —indicó el detective.

Álex se levantó y aún le dio tiempo de ver el coche.

—Parece un Hyundai i40.

—¿En serio, lo reconoces?

—Es el típico coche que usan Cabify y Uber. Hay millones en esta ciudad.

—Alguien habrá visto la matrícula.

Álex bufó.

—Buena suerte. En Barcelona todos miran su ombligo. Nadie te va a dar una matrícula en un barrio así, todos quieren vivir tranquilos.

Álex se giró hacia el cadáver. El ambiente comenzaba a oler a óxido.

La víctima estaba tendida en el suelo, con el cuello abierto en canal, sin miramientos. La sangre se estaba esparciendo por la cerámica barata hasta desaparecer debajo del sofá.

"El Ciego" era un hombre de cincuenta pasados, con arrugas que denotaban las mil y una noches vividas, pelo corto y una barriga fruto de la mala vida.

«Antes de morir, has señalado el escritorio. ¿Por qué?», pensó Álex.

Se acercó al escritorio, sacó un pañuelo de papel y comenzó a mirar.

—¿Qué haces? ¿No llamas a los refuerzos?

Álex asintió.

—Antes de que vengan los demás, tenemos que buscar algo.

—¿Algo?

—"El Ciego" señaló el escritorio, ¿por qué?

El detective arrugó el ceño y se acercó, asintiendo.

—Puede que quisiera que encontráramos algo —dijo Álex removiendo las facturas, papeles y folletos que ocupaban la mesa.

Leandro comenzó a mirar por los cajones; todos estaban vacíos menos uno.

Sacó un folio plegado y lo abrió.

—¿Qué demonios es esto? —exclamó dejándolo encima de la mesa—. ¡Premio, mira lo que tenemos!

—¿Un mapa?

—Sí, parece un mapa.

Era un mapa de Barcelona y alrededores. En el lado inferior había una franja con anuncios de los comercios que habían pagado por la impresión. En una esquina estaba el logo del ayuntamiento de la ciudad. Era el típico plano que regalan en la recepción de un hotel para que los huéspedes se orienten.

Pero ese no era igual a los demás.

Tenía una mancha de sangre y algo escrito que no podía dar a confusión:

"Samuel, aquí tienes las respuestas".

Los dos hombres se miraron.

—¿Por qué no se lo dio a Samuel? —preguntó Álex.

—Si no hubiesen matado al periodista, se lo habría entregado. La viuda me dijo que tenía programado otro viaje a Barcelona en estos días —contestó Leandro.

—Esta raya parece una flecha —dijo Leandro—. ¿Qué hay allí? —preguntó al policía indicando un punto marcado.

—Parece un lugar aislado. Creo que tendremos que ir allí antes de que los demás lo encuentren Álex sacó el móvil y abrió Google Earth.

El punto marcaba un área en medio de la campiña del Penedés, hacia el sur de Barcelona.

—Tenemos que ir ahí —dijo Leandro.

Álex cogió el teléfono y marcó el número de Karla. Le explicó la situación y le ordenó que se acercara allí con la científica. Él tenía que marcharse.

Revisaron el apartamento de "El Ciego" hasta que llegó la primera patrulla de los Mossos d'Esquadra. Los dejaron con el encargo de custodiarlo y se fueron rápidamente.

Bajaron del edificio y entraron en el Mini. Álex arrancó el pequeño bólido y siguió las indicaciones del GPS a toda velocidad.

Salieron de la ciudad y se metieron por la Ronda de Dalt, en dirección sur.

Álex conducía concentrado.

—¿Puedo? —preguntó Leandro enseñando la cajetilla de *light*.

Álex negó, y eso al detective no le gustó.

—¿Tan enganchado estás?

—Solo cuando investigo y estoy nervioso.

—¿Y eso es siempre?

Leandro no contestó.

—¿Qué te pasó en la poli? Debió de ser algo muy gordo para que te echaran.

—Eso es agua pasada, y aunque estemos juntos en este caso, eso no nos hace ni amigos ni colegas. Cuando esto acabe, tú seguirás con tu vida y yo volveré a Madrid a continuar con la mía —respondió sin mirarle.

Álex asintió.

Al cabo de un rato, tomaron la autopista hacia Tarragona. El punto en el mapa se encontraba justo fuera de Barcelona, en los lindares de la provincia.

—¿Qué crees que encontraremos?

—¿Me tomas por adivino? Solo soy detective, Álex.

—No hace falta que me trates como a un niño de tres años. Si no, vete y búscate otro chófer —contestó Álex.

Luego hubo unos instantes de silencio.

—Necesito fumar, es por eso —contestó Leandro sin disculparse—. La viuda me dijo que Samuel estaba investigando algo que lo habría hecho subir en el ranking de los reporteros de Madrid. Que lo habría llevado al Olimpo de los periodistas. Pero se ve que pisó los pies equivocados.

—Eso está claro. ¿Te dijo de qué iba?

—No, ella me comentó que en lo relacionado a su trabajo era hermético, y no le decía ni palabra.

—¿Y su ordenador?

—Ya te lo dije, todo desaparecido, portátil y copias de seguridad.

—¡De acuerdo! Vamos a pillar a esos hijos de perra como que me llamo Álex Cortés.

Después de unos minutos, el coche dejó la autopista, cruzó un pueblo y se metió por una carretera estatal. A los lados, solo había viñedos hasta donde se perdía la vista, perdiéndose por debajo del horizonte.

El GPS les indicó que abandonaran la carretera y se metieran por un camino de tierra. Los dos hombres se miraron, perplejos. El polvo que levantaban al recorrerla avisaría a todos de que estaban llegando.

Las indicaciones llevaban a una casa abandonada, y Álex aparcó delante. En el muro ponía: "Bodegas Lafuente".

Las instalaciones estaban abandonadas. Al bajar del coche, miraron a su alrededor; no parecía haber nadie.

El camino de tierra por el que habían llegado resaltaba en medio de las colinas, debido al polvo en suspensión.

Álex sacó la pistola y entraron en la casa. Al poner el primer pie dentro, el ruido de sus pasos retumbó en las paredes, arruinadas por el paso del tiempo.

Unas palomas echaron a volar, asustadas.

Al fondo de la estancia, Leandro vio algo que le llamó la atención. Mientras que él se acercaba, Álex se detuvo. Retrocedió y se paró en el umbral de la puerta: un coche estaba recorriendo el camino de entrada. Era un coche negro: un Hyundai i40, el mismo modelo que habían visto escapar de la casa de "El Ciego". ¿Serían ellos sus próximas víctimas?

CAPÍTULO 5

El coche avanzaba rápido, y el polvo subía como niebla en un día de febrero.

Álex se giró hacia el interior de la casa.

—¡Tenemos visita! —le gritó a Leandro.

Desde el interior, el detective se apresuró a volver hacia la puerta. El coche ya estaba a varios metros del edificio en ruinas.

—Tendríamos que haber aparcado el coche detrás.

—¿Quién iba a saber que nos seguían? —preguntó Álex—. Yo estuve mirando y no me pareció que nos siguieran. ¿Cómo lo han hecho?

—¿Sabían de la existencia del mapa?

—Puede. ¿Será una trampa?

—No creo que esta gente vaya poniendo trampas: nos habrían matado ya en vez de eso. Ellos no sabían que esto está aquí, de lo contrario no estaríamos metidos en esta mierda ahora.

El coche se detuvo sobre y de él bajaron dos matones con gafas oscuras.

Iban armados.

Tenían expresión dura, la típica del que dispara primero y pregunta después.

—¿Piensan que saldremos con las manos en alto? ¿Nosotros? —espetó Álex.

Los hombres avanzaron y uno disparó al aire.

Leandro y Álex seguían refugiado en la casa.

—Sabemos que estáis dentro. Solo queremos entrar y llevarnos lo que es nuestro —gritó uno de los dos hombres.

Álex le susurró una idea al oído a Leandro. Este asintió, cogió una piedra y la tiró hacia una de las ventanas.

Los dos hombres se giraron hacia la piedra y dispararon en la dirección en que había caído.

—No estamos para jueguecitos —gritó uno.

—Nosotros tampoco —contestó desde dentro Leandro.

—¿Por qué os cargasteis a "El Ciego"?

Uno de los dos tipos con gafas de sol se rio.

—Había visto demasiado.

—¿Te crees simpático? —preguntó Leandro desde dentro.

—No, pero sal y te haré reír —insistió el tipo.

—Claro, para que me apliques el mismo tratamiento que a "El Ciego".

—Tío, no me lo reproches. Esto es *business* —dijo la palabra en inglés con una pronunciación del inglés pésima.

—¿Por qué no entras? —gritó Leandro.

—¿Por qué no sales? —replicó el esbirro.

—¿Por qué no soltáis las armas antes de que os reviente la cabeza? —gritó Álex apareciendo por detrás del coche negro.

Los tíos se quedaron inmóviles. La tensión se podía percibir en el aire, flotando como un aceite en el agua.

—Ni se os ocurra giraros. Dejad las armas en el suelo, estáis arrestados —chilló Álex.

—¡Vaya, sargento! Muy hábil, Cortés. Pensaba que estabas dentro.

—Dejad las armas lentamente. No compliquéis vuestra situación —insistió el policía.

—No puedo, tío. ¿Qué le diré a mi jefe? ¿Que dejé las armas a la primera?

—¿Quién es tu jefe?

El esbirro que había hablado hasta ese momento, se rio.

—¡A ti te lo voy a decir! —dijo y se giró de repente.

El otro hombre aprovechó para darse la vuelta y las balas comenzaron a salir enloquecidas por el aire. Con su metralleta, lanzó una ráfaga de balas, alcanzando el muro y los árboles de al lado de la casa.

La primera bala de Álex le dio al de la metralleta, y este cayó al suelo, herido.

El otro, después de disparar en dirección a Álex, se agachó y se escondió detrás del morro del coche negro. Álex, por su parte, se ocultó detrás del Mini.

El hombre levantó la mano por encima del capó y disparó, sin mirar adónde iban los disparos. Luego consiguió meterse en el coche y arrancarlo. Derrapó marcha atrás e hizo un trombo en la arena.

Álex se levantó y comenzó a disparar: primero a las ruedas y luego a los cristales.

El coche arrancó patinando y cogió velocidad. Álex siguió disparando. A la primera curva, se salió del camino de tierra y se cayó en una acequia.

Álex fue corriendo hacia el coche y apuntó al conductor, que salió con una herida en la cabeza.

—¡Suelta el arma! —gritó Álex.

El otro no lo hizo.

—Sargento, cuando veas a mi jefe, dile que peleé como un campeón —dijo y se voló la cabeza.

El cuerpo cayó en el agua verde cloaca.

Álex guardó la pistola y corrió de vuelta al edificio. Leandro no había perdido ni un minuto, y ya estaba revisando lo que habían encontrado.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Álex.

—Documentos. Además, esto —dijo mientras le acercaba un papel que parecía una vieja fotocopia de un extracto de banco—. Mira estos movimientos, todos resaltados en rotulador amarillo y destinados a la misma cuenta.

—Todas tienen el mismo asunto: "transferencia al "Chispas"" —afirmó Álex y alzó la vista de los papeles—. ¿El "Chispas"? ¿Quién demonios es el "Chispas"?

—No tengo ni idea.

Los otros documentos eran transcripciones de conversaciones, facturas de hoteles o comidas en restaurantes y otros papeles de menor importancia aparente.

—Samuel Rivas nunca llegó a conseguir esta información. Lo mataron antes de que le llegara.

—Desde luego que esa gente de afuera tenía mucho interés por tener estos documentos. Y nos habrían matado por ella. O sea, que es más importante de lo que pensamos.

—Entre los trapicheos que tenía "El Ciego", según tu informador, debía de estar esto también —dijo Leandro mirando el maletín lleno de papeles—. ¿Venta de información al mejor postor?

—Otro que se ha dejado su piel por esa información. ¿Qué secretos sucios guardan esos documentos? ¿Por qué la gente se vuela los sesos por ellos?

Leandro arrugó el ceño, sacó su móvil y consultó una información que le había enviado su secretaria, Maria.

—Creo que tengo a la persona adecuada.

—¿Perdona?

—Sí, hay alguien que nos podrá decir quién demonios es este "Chispas" de las narices.

CAPÍTULO 6

El Mini recorría las calles de Barcelona a toda velocidad.

No había tiempo que perder: tenían que seguir con esa investigación que no paraba de dejar víctimas a su paso.

—¿Quién es este tío al que vamos a ver? —preguntó Álex.

—Es el contacto que Samuel tenía en Barcelona —respondió el detective—. La viuda me lo pasó, y pensé que en algún momento nos podía ser útil. Es periodista de un diario digital, y lo ayudaba con su investigación.

—¿Y crees que este tío nos puede ayudar?

—Es lo único que se me ocurre —respondió Leandro—. ¿Sabemos ya quiénes eran esos tipos?

—Los forenses están tomando las huellas dactilares y la científica está trabajando en la matrícula del Hyundai. Pronto sabremos su identidad y, con un poco de suerte, para quién narices trabajan.

Leandro se quedó callado, mirando por la ventanilla. El pequeño coche inglés se metió por las calles del barrio del Poble Sec, cada vez más estrechas y oscuras.

De las ventanas, a las que a duras penas llegaba la luz del sol, colgaba ropa tendida.

La dirección que les había enviado la viuda Blanco era el número 23 de esa estrecha calle.

Buscaron un aparcamiento y fueron directos al edificio.

Aprovecharon que salía un vecino para acceder al condominio, subieron por las escaleras y encontraron el número veintitrés, segunda planta, puerta cuatro.

La puerta estaba cerrada.

El felpudo de delante estaba movido, como mal puesto, y eso no le gustó a Álex.

Leandro llamó al timbre.

Después de varios intentos, no obtuvieron respuesta.

Álex encogió los hombros.

—¿Alguna idea, detective?

—Sí, pero mejor que no mires.

Álex arrugó el ceño.

—Si no miras, no sabrás. Así no mentirás si te preguntan cómo hemos entrado —le espetó el detective.

—Haz lo que tengas que hacer.

Leandro asintió y se agachó a la altura de la cerradura. Cogió unas ganzúas y las introdujo en la fisura. Con una mano sujetaba la ganzúa de arriba, y con la otra buscaba el punto que desbloqueaba la cerradura.

Los minutos pasaban y no lo conseguía. Esa cerradura se le resistía. Dejó los utensilios y se encendió un light. Luego siguió.

—Te aseguro que no se me resiste ni una… —dijo Leandro, hablando con el cigarrillo en la boca.

El tiempo pasó y el cigarrillo se apagó.

Álex miraba el reloj: esa puerta les estaba haciendo perder mucho tiempo. Pero pedir el permiso de un juez habría tomado mucho más tiempo del que ellos tenían.

Entonces tuvo una idea.

Bajó las escaleras. En la entrada del edifico había un extintor; lo cogió y subió otra vez los dos pisos.

—Apártate, Leandro.

—No, ya casi lo tengo.

—Apártate, acabaremos antes.

El detective tuvo justo el tiempo de apartarse. Álex arrojó el extintor contra la puerta como si fuera un ariete. Los marcos de la puerta saltaron y la puerta se abrió, generando un escándalo que recorrió las escaleras del edifico.

—Listo, ya lo tenemos —dijo Álex entrando en el piso.

Leandro se levantó.

—No hacía falta, ya lo tenía y nos habríamos ahorrado todo esto.

Álex no contestó.

—¿Hola? —gritó Álex—. Señor Palomo, ¿está en casa?

Álex dejó el extintor en el salón y encendió las luces.

—¿Señor Palomo? —repitió Álex.

El salón estaba limpio, y las ventanas, con las persianas bajadas, no dejaban pasar la luz.

—Esto está muy tranquilo —dijo Álex cruzando el salón y llegando al umbral de la habitación contigua. Álex encendió la luz y vio que era el despacho. Había librerías en todas las paredes y un escritorio contra la ventana. Al verlo, Álex se llevó las manos a la cabeza, removiendo sus rizos negros.

—Esto no me gusta… —dijo Leandro del otro lado del piso—. Ven, Álex.

Álex acudió a la cocina.

—Mira, este café se ha derramado —dijo el detective, indicando el café esparcido por la mesa del comedor—. Y un desayuno sin acabar. Además, los zapatos estaban en la puerta.

—Si consideras que han arrancado su ordenador y que la puerta no estaba cerrada con llave, esto huele a…

—Ya, a secuestro.

—O se lo han llevado a otro sitio para… —dijo Álex y se interrumpió.

—¿Para?

—Para hacerlo desaparecer, a él y las pruebas.

—Espera —dijo Leandro.

—¿Qué? —preguntó Álex.

—Tengo una idea. El "Chispas".

—¿Qué le pasa?

—¿Y si preguntas a tu informador si lo conoce?

—¿A él? No creo que sepa quién demonios es este tío.

—¿Y por qué no?

—No voy a molestar a Carlos por esto, además, seguro que no sabe quién es este tío.

—¿Cómo lo puedes saber?

—Da igual, no lo voy a llamar.

—¿Entonces por dónde tiramos? Con Alberto Palomo desaparecido, no tenemos más opciones. ¿Es que no lo ves?

Álex bufó.

—Maldita sea, cada llamada a este tío me cuesta un favor, ¿sabes?

Leandro, con su expresión más dura y con las mandíbulas en tensión indicó el móvil del policía.

—¡Por favor!

Álex gruñó. Sacó el móvil y llamó a Carlos. Le explicó que tenían una información sensible donde salía un tal "Chispas".

—Claro que sé quién es, pero es intocable —respondió Carlos mientras Leandro lo escuchaba por el altavoz del teléfono.

Leandro le lanzó una mirada a Álex, como diciendo; "te lo dije". Álex hizo caso omiso y siguió.

—¿A qué se dedica este pájaro?

—Es un funcionario del ayuntamiento de Barcelona. Se dice que trata con un vertedero ilegal y especula con basura.

—Ok, dile que tienes un tío que viene de lejos y que tiene una propuesta para él.

—¿Un tío que viene de lejos? ¿Una propuesta? ¿Piensas que es el juego del teléfono escacharrado?

Leandro levantó una ceja.

—Ok. Dile que tienes a un italiano que estaría interesado en un *business* aquí en España. ¿Entendido?

El confidente emitió un sonido gutural.

—Dame un rato, a ver qué puedo hacer —contestó y colgó.

Los dos hombres se miraron.

Luego echaron un vistazo por el despacho. Los cables del ordenador de mesa sobresalían como una hiedra arrancada. Por la superficie de la mesa había un maremágnum de papeles esparcidos.

Antes de poder revisarlos llegó un mensaje al móvil de Álex.

Era Carlos, y el texto decía: «*Barco Zondar, muelle sur. Mañana, 06:35. No falles, te espera*».

CAPÍTULO 7

Regresaron al centro de Barcelona.

Llevaban todo el día corriendo de un lado al otro, descuidando el cuerpo.

Álex aparcó el Mini en una calle detrás del Camp Nou. Lo dejó en doble fila, con los intermitentes puestos.

—¿Bajas?

El detective salió del coche y se quedó mirando el estadio del equipo del Barça.

—¿Es grande, verdad?

—¿Te gusta el fútbol? —preguntó Leandro.

—Psssé —dijo Álex —. ¿Y a ti, te gusta?

—Yo soy del Atlético de Madrid, aunque a mí me gustaba el fútbol de verdad, el de antes, el de los tiempos de Antic —respondió Leandro.

—¿Y Simeone? Tiene mérito, con tantos años al pie del cañón…

—Sí, pero no es el Atlético clásico —dijo Leandro mientras se encendía otro *light*.

—¿Eres un romántico? —preguntó Álex.

—No, solo soy auténtico —contestó Leandro con esa actitud de estar por encima de los demás.

—¿Entramos?

—Tú pasa, yo acabo esto —respondió mostrando el cigarrillo.

Álex entró y a los pocos minutos salió de nuevo. El detective, mientras tanto, estaba contemplando el Camp Nou.

—¿Sabes por qué llaman "culés" a los aficionados del Barça?

—Algo me dice que no quiero saberlo —dijo Leandro—. Venga. ¿Por qué?

—Porque los que veían el partido desde la última fila de arriba, se sentaban encima del muro y desde abajo se veía la hilera de culos sentados. Desde

entonces se les llama así —respondió Álex y le hizo un gesto con la cabeza—. Anda, ven, madrileño.

Los dos entraron en un bar de barrio. *Bar Fernando*, ponía en el rótulo, bajo una marca famosa de cervezas.

—Ya tienes preparada la mesa, Álex —dijo el dueño.

—¿Cerveza? —preguntó el policía al detective y este asintió—. Dos cañitas frescas, Fernando.

—Marchando.

Álex recorrió el pasillo estrecho que comunicaba el bar con el restaurante.

En la mesa ya estaban servidos unos platos humeantes.

—Me he permitido elegir lo mejor de la casa: Butifarra, pan con tomate y unos cuantos *calçots* con salsa romesco.

—¿Todo esto? —preguntó el detective.

—Leandro, si en Madrid podéis con el cocido, aquí también puedes comes lo que es más típico —dijo Álex y se sentó.

Fernando apareció con las cervezas y comenzaron a comer.

—¿Estás casado, Leandro? —preguntó Álex fijándose en sus manos.

—Ya te he dicho antes que solo porque trabajemos juntos no significa que tengamos que ser amigos.

Álex subió las cejas y sacudió las manos.

—Como quieras.

Siguieron comiendo durante unos minutos, en silencio.

—No. No estoy casado —dijo Leandro después de un rato—. Desde que salí del cuerpo, mi vida es un columpio amoroso.

—Nuestro trabajo no es fácil.

—Tu trabajo es más fácil: tienes un sueldo fijo. Nosotros nos buscamos la vida y tenemos que pagar sueldos y autónomos. Es otro rollo.

—¿Sueldos? ¿Sueldos de quién?

—Bueno, de mi secretaria.

—El poder de las secretarias, ya sabes, el roce hace el cariño. —dijo Álex con picardía.

Leandro dio un largo sorbo a la cerveza.

—No es como piensas.

—¿Cómo se llama?

—Maria.

—Bonito nombre.

—Ella también. Bueno, quiero decir, es muy profesional. Me ayuda mucho.

—No lo dudo.

—No en el sentido que piensas.

Álex dio un bocado al pan con embutido.

—¿Qué te parece? —preguntó indicando la rebanada de pan.

—Preferiría caracoles, chorizo y jamón. Pero no está mal.

—Muy ligero, sí.

—En Madrid hace demasiado frío para estas cosas.

Álex bebió un trago de su cerveza helada.

—¿Por qué te saliste?

—Aunque me lo preguntes muchas veces, no voy a decírtelo.

Álex asintió.

—Mañana te pasaré a buscar a las seis. A ver qué nos depara esto.

—No tenemos muchas posibilidades más.

—El tío este puede echar un poco de luz sobre este caso tan oscuro —dijo Álex y levantó el vaso—. Por resolverlo.

—Por Samuel Rivas.

—Por la libertad de prensa.

Los dos vasos tintinearon y ambos bebieron, esperando que el día siguiente fuera decisivo.

CAPÍTULO 8

«Barco Zondar, muelle sur. Mañana, 06:35. No falles, te espera».

Álex revisó el mensaje en el móvil.

Luego alzó la vista; el sol aún no había salido del horizonte para dar los buenos días a la ciudad.

Barcelona dormía, y el puerto también.

Leandro movía la pierna con nerviosismo y sujetaba un vaso de cartón lleno hasta arriba de café humeante.

Álex iba sorbiendo el suyo, a pesar de quemarse la lengua.

—¿Y ahora? —preguntó Leandro.

—¿Nervioso?

—¿Crees que deberíamos estarlo?

—No lo sé, pero te he traído algo —dijo Álex y abrió la guantera del coche.

—No puedo, soy solo detective.

—Me da igual, sabes cómo funciona y me temo que nos hará falta.

Leandro dejó el café en el salpicadero y cogió la pistola. La miró y retrocedió el cañón.

—¿Debería darte las gracias?

—Eso me la trae al pairo. Lo importante es la misión —dijo Álex y abrió la puerta del Mini—. Guárdatela y vámonos.

Bajaron del coche y en cuanto cerró el vehículo, Leandro se encendió un *light*.

Álex lo vio y no dijo nada, solo hizo un gesto con la cabeza.

Llegaron a la pasarela del barco.

Álex la cruzó y llegó a la cubierta. El detective lo siguió. Debajo del Barbour, su abrigo, llevaba la pistola que le había prestado el inspector.

Siguieron una luz que salía de una puerta. Un camarote estaba iluminado, el único de la nave.

Al entrar, notaron que el espacio olía a cerrado y a tornillos oxidados.

—Bienvenidos —dijo una voz al otro lado del camarote.

Un hombre en la penumbra los estaba esperando, sentado.

El camarote estaba iluminado solo por una bombilla tenue que bajaba del techo.

En cuanto Álex dio un paso, vio un individuo vestido de negro detrás del hombre sentado, que debía de ser El Chispas.

—Pasen, siéntense —dijo con una voz grave.

—Gracias —dijo Álex y siguió hasta sentarse delante del hombre.

Leandro se quedó junto a la puerta.

—Así que vienes de Italia, *bello, bello paese. Mamma, pizza, fetuccini* —dijo el hombre intentando hacerse el gracioso.

Álex sonrió.

—¿Y ese quién es? —preguntó el hombre, señalando a Leandro, que seguía al lado de la puerta.

Álex se giró y vio a Leandro con las manos juntas y mirada de llanero solitario.

—Es el que me lleva la maleta —dijo Álex con desdén. Luego se giró y se centró en el tema—. Tengo mercancía que quema.

—¡Oh! Directo al grano.

—No tengo tiempo que perder.

—Mis chicos y yo tampoco —dijo señalando hacia puerta. Álex solo veía a uno, pero intuyó que había otro detrás, en la sombra—. ¿Qué es?

—Escorias industriales.

—Mis preferidas.

—¿Entonces?

—¿Cómo se trasportan?

—En bidones de doscientos litros.

—¿Cómo llegan?

—En camiones directos de Italia.

—¿Cuántos?

—Dos a la semana —dijo Álex encogiéndose de hombros.

El hombre, que iba vestido de traje, silbó como si hubiese visto pasar un bonito coche o una elegante mujer.

—¿Cuánto? —preguntó Álex.

—Diez de los grandes por tráiler.

—Bien, ¿y dónde van?

—Eso a ti no te incumbe.

—Bien —dijo Álex.

—De acuerdo —respondió el otro.

—Nada más, ¿tal cual?

—Carlos es un tío de fiar y si me ha hablado de ti, eso es mi garantía.

—Me imagino que trabajar en el ayuntamiento te abre muchas puertas.

—Más de las que te crees.

—En Italia es lo mismo, pero ya no tenemos gente válida en ayuntamiento. Solo estúpidos, es una mierda.

—Las cosas van de mal en peor para nosotros —confirmó el hombre—. ¿Para cuándo el primer cargamento?

—Para cuando me digas dónde está Alberto Palomo —espetó Leandro apuntando con la pistola al hombre.

El guardaespaldas que estaba detrás del corrupto intentó sacar la pistola.

—¡Quieto! —le gritó Leandro.

El hombre no le hizo caso y el detective le disparó. Este cayó detrás y fue engullido por la oscuridad del camarote.

—Vaya, vaya, uno ya no puede fiarse ni de los amigos. Carlos va a pagar por esta —dijo el corrupto impasible.

—La vas a pagar tú, cabronazo —dijo Álex mientras sacaba la pistola él también.

—Yo que tú bajaría la pistola, o mi chico os freirá a tiros —dijo el hombre, mientras por detrás aparecía de la nada otro hombre con dos pistolas.

Las cargó y dijo con acento extranjero:

—Dejad las armas en el suelo o estáis muertos.

—¿Y la matrícula italiana de tu coche? —preguntó el hombre, refiriéndose al Mini de Álex.

Este se rio.

—Una impresión barata, ¿tú te crees, un policía que falsifica matrículas? —espetó Álex.

El "Chispas" y su guardaespaldas alzaron las cejas.

—La pasma —susurró el gorila.

—Tranquilo, no nos van a hacer nada.

—¿Nada? Ojalá pudiera hacerte lo que le has hecho tú a Samuel. Un disparo en plena nuca —dijo Leandro.

—Ahora entiendo… —dijo El "Chispas"—. Freddy, creo que estos señores se merecen el mismo trato que le diste a Samuel.

—Y a "El Ciego", ¡cómo no! Un placer.

Leandro apretó las mandíbulas. Sin dejarle decir nada más, disparó al asesino de Samuel.

CAPÍTULO 9

El disparo alcanzó al "Chispas" en el brazo antes de que desapareciera por la parte oscura del camarote. Mientras tanto, Álex se tiró encima del hombre sentado.

Leandro cogió la bombilla que colgaba desnuda del cable e iluminó las paredes del camarote, investigando por dónde había salido el "Chispas". Luego abrió una puerta y salió corriendo. En cuanto sacó la cabeza al pasillo, unas balas le rozaron y volvió a meterse al camarote.

Esperó unos segundos y volvió a asomarse. El hombre estaba subiendo por una escalera.

Leandro pasó por el pasillo lateral de la nave y corrió con el poco oxígeno que los *light* le dejaban.

Entretanto, Álex se había arrojado contra del hombre trajeado.

Lo cogió del pelo y le echó la cabeza hacia atrás.

—Pasarás mucho tiempo en prisión, hijo de perra —le espetó el policía.

—No conoces a mis abogados.

—No sabes por dónde me paso yo a tus abogados.

—No tienes nada.

—Tengo tu confesión.

—Eso es papel mojado.

—No si tengo un testigo…

—Si te refieres a tu compañero de la puerta, ahora estará agonizando con una bala entre las cejas.

—Eres muy optimista.

—Siempre me ha ido muy bien y saldré de esta también —espetó echando su mal aliento en la cara del policía.

—Pues ya es hora de que cambie tu maldita racha —dijo y lo levantó apuntándolo.

—¿Dónde está Palomo?

El hombre trajeado se rio.

—¡Quiero saber dónde está!

—¡Que te jodan!

Álex cargó el arma y le apuntó a la cabeza.

—No eres capaz.

—Es verdad, en la cabeza no —dijo y le apuntó a un pie.

El hombre se rio en su cara.

—Eres muy teatrero, poli… —dijo riéndose.

Álex cambió el ángulo de la pistola y le disparó en pleno pie.

El hombre comenzó a gritar tan fuerte que el suelo vibró.

—¿Dónde está?

El hombre seguía gritando.

—¡Quiero saber dónde está!

—¡Que te jodan, puto poli! —gritaba mientras se retorcía en el suelo.

Entonces apuntó a la rodilla.

—¡Dónde! —gritó más alto Álex.

—Vale, vale. No, espera.

—¿Dónde?

—Arriba. En el primer piso, está ahí. Déjame, por el amor de Dios.

—Tranquilo, Dios tiene cosas más importantes que hacer que protegerte a ti —dijo Álex y se levantó. Luego se acercó a la puerta y se giró antes de irse—. Por cierto, no te vayas a ninguna parte.

Mientras, al otro lado del barco, el matón se había encaramado a un mástil de la nave y había subido al primer piso, encima de una estructura, al lado del cuarto de mandos.

Leandro intuyó lo que quería hacer el hombre y recortó por otro lado dando la vuelta al puente de mando y se lo encontró de cara.

—¿Adónde pensabas ir? —preguntó Leandro apuntándole.

—Déjame pasar.

—Es lo último que haría.

El pistolero se quedó estudiando la vía de salida. Se había metido en un callejón sin salida él solito. La única escapatoria estaba ocupada por el detective y le estaba apuntando.

—Suelta esas armas.

—Te voy a dejar tieso si no me dejas pasar —dijo y miró abajo: el salto era de unos cinco metros sobre el puente inferior y siete a las aceitosas e insalubres aguas del puerto.

En el horizonte se comenzaba a percibir la primera luz del día.

—Pues vamos a morir los dos. Tú te vienes conmigo, vivo o muerto, tú decides —ladró Leandro—. ¿Por qué mataste al periodista?

—Ese medio hombre no se merecía vivir. Tendrías que haber oído cómo lloraba antes de apretar el gatillo —dijo con gozo el pistolero.

—¿Sabías que su mujer está embarazada?

El pistolero bufó.

—¿Y crees que si lo hubiese sabido me habría frenado? Tenía que morir, se metió en asuntos que no le tocaban.

—¿Por qué?

—Porque lo dijo el jefe.

—¿El "Chispas"?

—Déjame pasar o te voy a matar de verdad —dijo y apretó las dos pistolas con toda su fuerza.

Leandro le miró apretando los dientes.

Cuando Álex salió del camarote, dejando a El "Chispas" tendido en el suelo, subió las escaleras metálicas.

Subió un piso. Delante tenía una puerta de hierro. Giró la maneta con fuerza. Tiró varias veces, pero la puerta parecía atascada por el óxido que se escondía debajo de la pintura roja. A través del ojo de buey no pudo ver nada.

Al tercer intento, consiguió abrirla.

Al entrar, un hombre atado en una silla lo miró con ojos desorbitados. Tenía la boca tapada con cinta americana. Álex, al verlo, dio un suspiro de victoria, pero este duró poco.

—¿Eres Palomo, Alberto Palomo? —preguntó Álex con el mismo tono que usaría un héroe de la televisión, arrancándole la cinta americana.

—Tengo una bomba pegada a la espalda —gritó el hombre.

En ese momento Álex sintió que se hundía. Una presión en sus hombros le arrebató la victoria, dejándolo unos segundos en shock. No entendía nada.

Pensaba que iba a salvar al periodista amigo de Blanco, pero al parecer eso aún no había acabado.

—Ayúdeme, tengo una bomba en la espalda. ¿Qué coño hace allí mirándome? ¡Haga algo! —gritó el rehén.

Un cartucho de una materia gris, que podía ser C-4, estaba atado a la silla y al rehén. Un reloj marcaba un minuto y cuarenta y cinco segundos.

—¿Qué demonios es esto?

—Dijeron que cuando entrara alguien por la puerta comenzaría la cuenta atrás.

—¿Ellos? ¿Quién?

—¡Da igual, haga algo! —espetó de nuevo el rehén.

El contador tenía cables por detrás y unos acababan en el explosivo.

—¡Maldita sea, no soy de la unidad de explosivos!

—¡Da igual, haga algo, lo que sea!

Álex cogió el teléfono y llamó a un contacto.

Al tercer larguísimo tono, contestó.

El temporizador marcaba tres minutos escasos.

—¿Sí? ¿Qué quieres a estas horas, sargento? —dijo un hombre con voz de dormido.

—Alan, te acabo de enviar la foto de una bomba, tenemos que neutralizarla o yo y un rehén saltaremos por los aires. ¿Me oyes?

—Mira, Cortés, si es una broma, es una de pésimo gusto.

—Maldita sea, mira la foto. ¡Es verdad!

—Baja la voz o vas a despertar a mi madre al otro lado de la casa.

El hombre esperó y al cabo de unos segundos se escucharon unos ruidos raros.

—Joder, me ha caído el teléfono al ver la foto.

—¿Puedes ayudarme?

Del otro lado del barco se escuchó un disparo, seguido por varios.

Álex pensó en Leandro, pero la bomba era mucho más importante que pensar en el detective.

—No tengo ni idea, tío —dijo y se escuchó un ruido de muelle—. Ya estoy delante del ordenador.

—¿Qué hago? —gritó Álex.

—Álex, tranquilo, ¿solo nos quedan tres minutos?

—No, menos de dos minutos, espabila o será nuestra última llamada.

En ese momento entró Leandro Cifuentes por la puerta, sujetándose un brazo. De su mano salía sangre.

Álex le dijo que se acercara. Antes de poder explicarle lo que pasaba, el detective ya lo había entendido.

El temporizador marcaba un minuto y treinta segundos.

—Alan, espabila o saltaremos por los aires.

Leandro miró al rehén.

—¿Eres Alberto?

—¡Sí! —dijo entre sollozos, siendo consciente que estaba a punto de morir.

—¿Cómo dices, el cable? ¿Qué cable? ¿Que lo corte? ¡Estás loco!

Un minuto.

Mientras Álex buscaba el cable correcto, Leandro se agachó junto a la silla y sacó un cuchillo del bolsillo de su abrigo.

Álex se hizo a un lado, comprendiendo.

Leandro intentó despegar el cable del C-4, pero algo se lo impedía.

—Espera —dijo Álex, señalando un hueco justo detrás de la cuerda—. Deja que te ayude. Prueba por este lado.

Usando la lama, Leandro hizo palanca y consiguió despegar el explosivo de la silla.

Treinta segundos.

El detective corrió en la misma dirección por donde había entrado. Sus pulmones, a pesar de estar llenos de carbón y nicotina incrustada, le permitieron ese último esfuerzo.

Diez segundos.

Cogió el explosivo y lo arrojó todo lo lejos que pudo, directo al centro del puerto, en pleno mar.

El dispositivo volteó hasta estar a pocos centímetros del agua.

Cero.

La explosión fue tan fuerte que catapultó a Leandro dentro del camarote del barco.

El estallido fue tremendo, haciendo explotar los cristales. El epicentro de la deflagración creó olas enormes, como un tsunami en el puerto que hizo bascular el barco de un lado a otro.

La amenaza se había desarmado, o así parecía.

CAPÍTULO 10

El sol ya iluminaba en lo alto.

El coche del comisario llegó al puerto; los refuerzos y las ambulancias ya estaban allí, atendiendo a los heridos.

Al bajar, el comisario vio a Álex y a Leandro Cifuentes cerca de una ambulancia y se fue hacia ellos.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —les espetó—. Me ha llamado el jefe del puerto en persona diciendo que habéis hecho estallar una bomba, ¿es que os habéis vuelto locos o qué?

Álex estaba de pie, mirándolo con los ojos entreabiertos. Leandro estaba tendido en la camilla de la ambulancia, con el brazo vendado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el comisario al detective.

—Nada. Un tío no quiso venir conmigo y ahora está en el fondo del puerto, con el cuerpo lleno de plomo.

—¿Y eso? —preguntó después, indicando con la cabeza la venda.

—Pues no estuvo muy de acuerdo a que Álex lo arrestara —respondió Leandro.

—Álex, maldita sea, un detective no puede ir por ahí con una pistola, esto no es América —le gritó el comisario enfadado.

—Jefe, usted quiso que yo llevara el caso. Pues ahí lo tiene, resuelto —dijo Álex y miró el reloj—. En menos de veinticuatro horas. ¿Algo más que decir? —concluyó con retintín.

El comisario se tragó lo que iba a decir.

—¿Quién era?

—¿Quién? —preguntó Álex.

—El tío que está en el fondo del puerto.

—El asesino del periodista —dijo Álex—. Lo tengo todo grabado. Un asesino a sueldo perteneciente a una trama de corrupción en el ayuntamiento de Barcelona.

—Quiero un informe en mi mesa mañana por la mañana —dijo el jefe.

En ese momento salieron unos enfermeros con una camilla móvil. Sobre ella estaba El "Chispas", con el pie vendado.

—¿Y ese?

—Es el tipo al que investigaba Samuel Rivas. Un mafiosillo de residuos tóxicos. Ahí tenemos mucha miga que escarbar. Parece que hay más porquería en el ayuntamiento que en el mismo vertedero del Garraf.

—¿Qué le ha pasado en el pie? —preguntó el comisario.

—Otro que se quería ir antes del tiempo —dijo Álex mirando al detective, que le devolvió la mirada sarcástica.

—A Alberto Palomo ya se lo ha llevado el SEM al hospital.

—¿Quién es ese tío? —preguntó el comisario cuando ya veía que la situación estaba bajo control.

—Nos tenemos que marchar —dijo un chico del SEM—. Nos lo llevamos para comprobaciones.

—Ok —respondió Álex al enfermero y le acercó la mano al detective—. Te veo en el hospital. Te debo una.

—No, yo te debo una.

—Da igual, gracias. Nos vemos más tarde —dijo Álex y cerró la puerta de la ambulancia.

Cuando se fue la ambulancia, el comisario se giró hacia el inspector.

—¿Quién es Alberto Palomo?

—Es una larga historia, jefe. Te lo explicaré en el informe.

El comisario gruñó.

—Por cierto, mañana no lo tendrás —añadió Álex—. Hoy me tomo el resto del día libre, así que lo tendrás pasado mañana.

—¡Álex, eso es inadmisible!

—Jefe, haz lo que quieras —dijo mientras se dirigía hacia el Mini—. Y si no, ya sabes, Pero ¿en serio vas a despedir a tu mejor hombre? —dijo riendo.

Subió al Mini y se fue del puerto, justo cuando entraba la furgoneta de la policía científica.

CAPÍTULO 11

Dos días después.

Leandro Cifuentes estaba sentado en el asiento del AVE, dirección Madrid.

La visita a la Ciudad Condal había sido más corta de lo que esperaba. Maria le había propuesto ir a buscarlo a la estación, pero ella se movía en moto y él, con su brazo herido, no podía. Así que decidió que llamaría a un taxi al llegar.

Había quedado esa misma tarde con la viuda Blanco. La mujer quería saber qué había pasado en Barcelona de primera mano, antes de enterarse por la prensa.

Además, cuanto antes le explicara todo a la señora, antes cobraría la factura el detective. Cobrar, para Cifuentes Detectives, siempre venía muy bien. Además necesitaba cobrar esa factura urgentemente para pagar el sueldo de Maria y el alquiler.

Leandro alternaba entre mirar por la ventanilla y ver el bodrio de película que daban en el tren.

En su interior sentía paz por el trabajo bien hecho y también ganas de volver a ver a Maria. Después visitaría también a la que parecía ser su novia del momento, Cecilia.

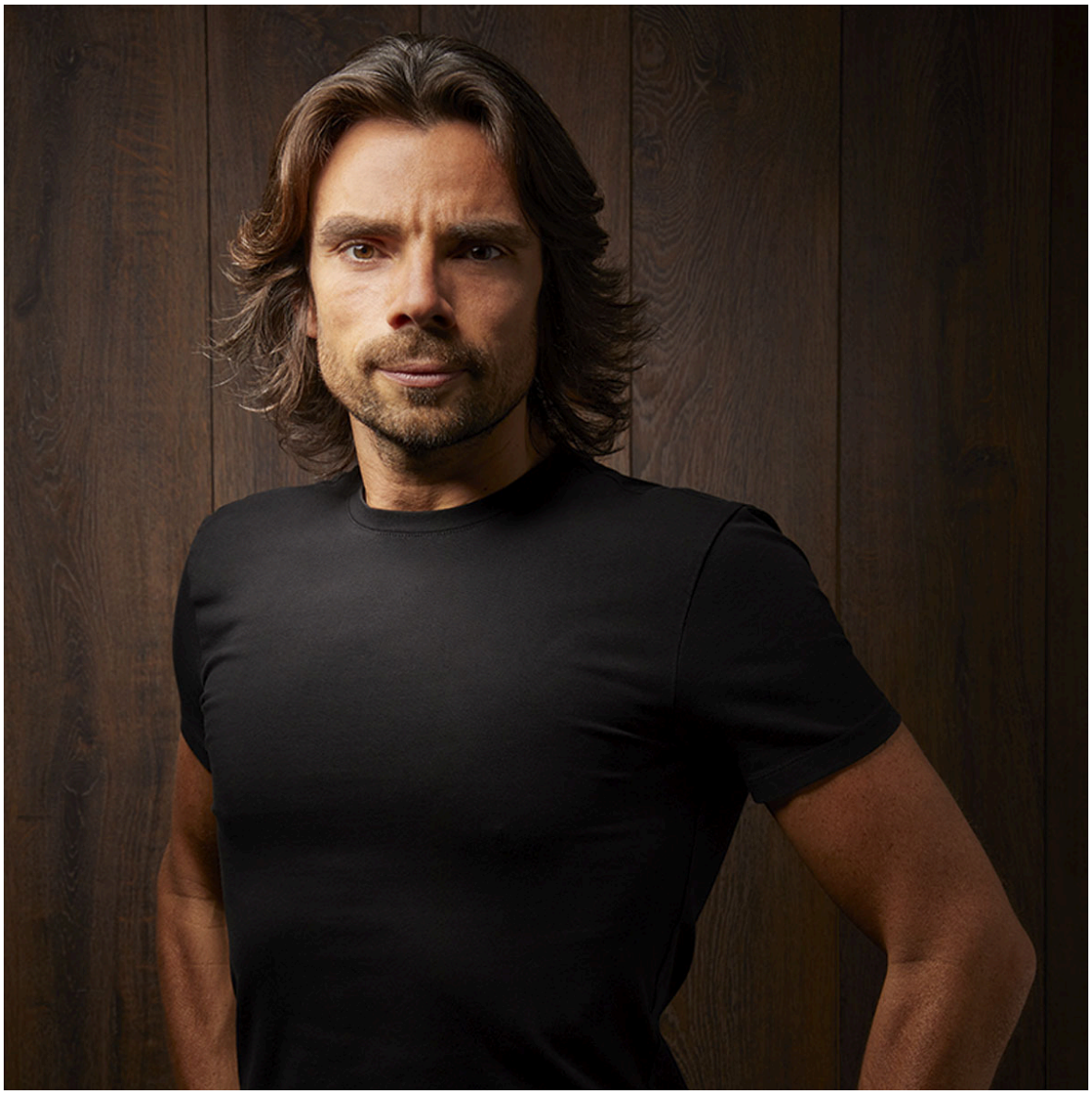
De hecho, al pensar en ella, se dio cuenta de que hacía días que no hablaban: desde antes de ir a Barcelona.

En ese momento sonó el teléfono. Pensó que podía ser Maria, para preguntarle cómo estaba. Desde que se había enterado de que su jefe estaba herido, no paraba de enviarle mensajes.

Leandro abrió el móvil y se encontró con la noticia delante. El mensaje procedía de un número oculto, y las pocas palabras le dejaron helado:

«Cuídate las espaldas allá donde vayas y no vuelvas a pisar Barcelona. Esta vez has ganado, pero la próxima la palmarás».

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector,

me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta,** protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava.*

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

Y por último, me encantaría que, si no estás en mi lista de lectores y no recibes mis correos de los jueves a las 15:30, te pudieras apuntar. De esta forma, estarás al corriente de todas mis novedades editoriales y muchas más cosas. Solo tienes que entrar en este enlace y dejar tu correo.

ENLACE A MI NEWSLETTER

También puedes acceder a mi newsletter escaneando con la cámara del móvil este código:



“⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

Serie Gildo Falcone
Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie El Forense
El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras
Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey